

permite seguir la pista a Guerrero, y advierte que nuevos materiales —no consultados para esta obra— han sido donados a archivos públicos y privados en México y Estados Unidos. Por esta razón, Ferrua considera a su trabajo más como una monografía que como un ensayo conclusivo sobre Guerrero. Pero un libro como éste enriquece, de cualquier manera, nuestro conocimiento de la gama de ideas y proyectos del anarquismo mexicano antes y durante los primeros años de la revolución mexicana, iluminando aspectos de la misma que han permanecido ocultos por el énfasis puesto sobre ciertas personalidades dentro y fuera del anarquismo, y, desde luego, por el peso aplastante de las interpretaciones dadas a la revolución mexicana por las fuerzas y sujetos triunfantes.

Erica BERRA STOPPA
El Colegio de México

Laurens Ballard PERRY: *Juarez and Diaz — Machine politics in Mexico*, DeKalb, Northern Illinois University Press, 1978, x + 467 pp.

El autor, profesor de la Universidad Veracruzana en Jalapa, presenta en este libro un bien investigado y equilibrado estudio de la política y el ejército mexicano durante la república restaurada desde mediados de 1867 hasta fines de 1876, esto es, hasta el triunfo definitivo de Díaz sobre sus adversarios Lerdo e Iglesias. Como indica el título, los personajes centrales son Juárez y Díaz; el subtítulo se refiere a la formación del aparato político juarista. El libro se divide en dos partes: la primera muestra cómo el modelo liberal difirió de la práctica política y cómo esta última contribuyó al establecimiento de un aparato político monolítico, que a su vez condujo al monopolio del poder. En reacción contra lo anterior, individuos —en especial el general Díaz— y personas y grupos marginados recurrieron a la insurrección. La parte segunda, aproximadamente del mismo tamaño que la primera, examina la guerra civil de 1876, que duró todo el año y que con la aparición del "tercer hombre", Iglesias, se convirtió en una guerra triangular.

Se trata desde luego de un tema que ha sido tratado muchas veces y por historiadores muy diversos. Perry muestra que el con-

trol presidencial de los gobiernos estatales con el fin de imponer candidatos oficiales fue practicado no sólo por el general Díaz (lo que todos saben) sino también antes por los presidentes Juárez y Lerdo. Por supuesto, entre los presidentes civiles y el militar que siguió después de ellos hubo una diferencia básica: Juárez y Lerdo respetaron la libertad de la prensa (en su perjuicio); Díaz no.

Naturalmente, un grado de monopolio político falsea siempre algo el resultado de las elecciones. Empecemos por las de 1861 (que Perry no trata), en las que Juárez ganó por mayoría absoluta de votos contra Miguel Lerdo y González Ortega. Como creo poder deducir de la obra de Carmen Blázquez, *Miguel Lerdo de Tejada — Un liberal veracruzano en la política nacional*, este resultado es discutible porque Lerdo murió en el curso de las elecciones y porque faltó el resultado de la votación en siete estados. Extrapolando la tesis de Perry, se podría sugerir que Juárez ya disponía de un aparato político incipiente que le ayudó a aumentar su mayoría. El hecho de que el general González Ortega no se levantara en armas puede significar que reconoció implícitamente que Juárez era más popular que él.

En 1867 Díaz se lanzó a la oposición con la consigna de la no reelección. Pero la victoria electoral de Juárez —aun descontado el efecto del aparato gubernamental— fue tan aplastante que este hecho probablemente hizo que Díaz desistiera de la idea de levantarse en armas (pp. 87-88). Cuatro años después la situación ya no era la misma. Díaz no sería el único en su intento de aprovechar el descontento con la posibilidad de la segunda reelección de Juárez. Esta vez la misma organización juarista se cuarteó y de ella salió un candidato decidido a disputar la presidencia a Juárez. Sebastián Lerdo se consideró obviamente como heredero natural del presidente. Pero éste no estaba dispuesto a dejar la silla a su ex-colaborador. El resultado de esta campaña triangular fue una mayoría meramente relativa en favor de Juárez y la malograda sublevación de Díaz. Con la muerte de Juárez en 1872, Lerdo, como presidente de la Suprema Corte, se convirtió en presidente de la república y, hecho curioso, decidió gobernar con todo el gabinete y el aparato juarista.

Lerdo logró que la constitución se reformara en varios puntos pero omitió proponer que se incluyera la prohibición de la reelección presidencial. Sus intenciones eran, pues, obvias. Tam-

bién lo eran las de Porfirio Díaz. Como era de esperarse, Díaz se levantó a principios de 1876 contra la planeada reelección presidencial. Las elecciones de junio y julio de 1876 dieron el triunfo, naturalmente, a Lerdo. El país ya estaba en plena revolución y hoy día es imposible averiguar hasta qué grado esas elecciones fueron fraudulentas (p. 290). El presidente de la Suprema Corte, el respetable juriconsulto José María Iglesias, declaró poco después que "en los meses de junio y julio de 1876 no hubo elecciones para el presidente de la república" (*ibid.*) y concluyó proclamándose presidente él mismo. ¿Pensó que podría suceder a Lerdo como este último había sucedido a Juárez? Sea como fuere Iglesias introdujo una complicación al juego militar-político de aquel momento. Debilitó la posición de Lerdo y facilitó el triunfo de Díaz. Perry ciertamente hace justicia a esta operación triangular de 1876.

La obra contiene ocho mapas de operaciones militares y quince apéndices, en parte documentos poco conocidos, en parte votaciones en el congreso sobre ciertos temas, lo cual sin duda aumentará su utilidad.

Jan BAZANT

El Colegio de México

Peter GERHARD: *The southeast frontier of New Spain*, Princeton, Princeton University Press, 1979, xn + 213 pp., mapas.

Hace ocho años apareció *A guide to the historical geography of New Spain* (véase una nota crítica en esta misma revista, vol. xxn, nº, 4, abr.-jun. 1973), libro que sorprendió entonces por su notable riqueza de información y que se ha convertido en una obra imprescindible de referencia y orientación para todos los que se dedican seriamente al estudio de la historia colonial. Hoy día la obra en cuestión es tan conocida que no hace falta insistir sobre su contenido. La experiencia, además, ha permitido constatar la confiabilidad que merece por su corrección y exactitud.

The southeast frontier of New Spain es la continuación de la obra anterior, a la que añade nuevas áreas que analiza de una manera similar. Como en su antecesor, el nuevo libro utiliza la